



2

Partióse Atenágoras de la austera Hispania en dirección a Bizancio, pero antes quiso conocer las modernas invenciones de la fértil y libre Europa. Encaminóse a París y entróse en un cine. «¡Qué adelantos! —se dijo asombrado— es la primera vez que veo un "menage a trois" de veintidós personas, sin contar niños y ancianos. ¡Qué nivel de vida! ¡Qué abundancia!». Votó luego a Monsieur Mitterrand, participó en una manifestación pública, comió en un buen restaurante —¡Oh, sorpresa!— por el mismo precio que pagó por malcomer en las elegantes costas africanas de Hispania y después de acariciar castamente las doradas nalgas de la estatua de Juana de Arco, encaminóse hacia Germania.



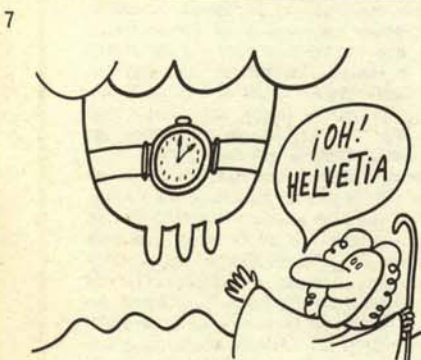
4

Quedó encantado Atenágoras de la hermosura y la abundancia de las carnes de las mozas germanas. «¿Por qué utilizarían los nazis —se preguntó sorprendido— escualidos judíos para fabricar jabones teniendo tan limpias grasas teutonas al alcance de sus manos?». «Misterios de lo irracional», tuvo que admitir compungido. Consoló más tarde a Herr Brandt que cantaba en una taberna de Bonn un bello tango político que hablaba de traiciones y esperanzas y tras entonar en la estación de Hamburgo canciones de su patria con los obreros emigrados de las costas Egeas dirigióse hacia Suiza para conocer sus venturosas y nevadas ubres.



6

Los helvéticos le reprendieron severamente por haber llegado tarde. «¿Cuándo —preguntó— debía haber venido?». «Hace cuatro minutos», le contestaron. Asombróse Atenágoras de la exactitud de los suizos y compróse cinco relojes que sujetó en sus extremidades para ser un ciudadano puntual y modélico. Luego visitó los lagos donde cientos de trabajadores extranjeros se sumergían en sus frías aguas para mostrar a los turistas y visitantes la solidez y calidad de los relojes «water-proff» que como sanguljuelas llevaban pegados en todo el cuerpo. Al conocer las autoridades que Atenágoras no pretendía abrir una cuenta en ninguno de sus bancos fue expulsado rápidamente del país en dirección a Italia.



8

«¿Quiénes son estos Italianos —se preguntó asombrado Atenágoras— católicos y marxistas, marianos y blasfemos, vencidos siempre y eternamente invictos, capaces de transformar toneladas de spaghetti ora en admirables senos femeninos, ora en sorprendentes obras de arte? ¿Qué chuparon Rómulo y Remo de las ubres de la loba para alcanzar esta madurez que dura siglos y que como la torre de Pisa, aunque amenazando ruina y caída, siempre se conserva erguida como los símbolos del dios Priapo, tan admirado y venerado por estas tierras?». Comióse Atenágoras una «pizza» y con lágrimas en los ojos se alejó de la bella Italia.



10

Cubrióse los ojos Atenágoras con su manto para que no se vieran sus lágrimas al pisar el suelo de Grecia. ¡Qué diferentes lágrimas para uno y otro país del clasicismo! ¡Para uno, lágrimas por verlo como estaba y para el otro lágrimas también por verlo también como estaba! En el Pireo, donde hace siglos estuvieron anclados los navíos persas, la flota americana protegía la paz helénica alegrando su silencio con el estruendo de sus salvas, sus órdenes y sus turborreactores. Lloró Atenágoras de nuevo y púsose perdidas de llanto túnica y entrepierna. «¡No llorés, buen anciano —le dijo un mozalbeta ático— deja las lágrimas para los enemigos. Las necesitarán más adelante. No hay mal que cien años dure. Piensa en la lejana y atlántica Lisboa!».



14

«Oh, Europa», se dijo Atenágoras. Y vino a su memoria un programa titulado «Cómo son nuestros hermanos» que tantas veces viera por las pantallas eurovisivas donde semanalmente mostraban la felicidad y alegría de los habitantes de los terceros y cuartos mundos: sus juegos, sus canciones, su gastronomía, sus puestas de sol y sus palmeras. «Esto que llamas dicha sencilla y natural de las otras gentes pronto será tuya y tus habitantes, los bárbaros sajones y germanos, tendrán que volver a cubrir con pieles sus ateridas carnes y vivir en chozas en los bosques y a comer bellotas como su condición humana reclama. O encuentras petróleo en tus entrañas o a lo dicho, Europa». Después adentróse de nuevo Atenágoras en Bizancio.

